

Huracanes, tsunamis, y las fuerzas de la naturaleza

El mundo, desde las galaxias más lejanas hasta los prados de hierba del parque de debajo de casa, esta en perpetuo desequilibrio. Los huracanes del Atlántico y los tifones del Pacífico son una competición entre el vapor de agua recalentado del mar y los aires helados de las capas superiores de la atmósfera. Siempre que en la parte alta haya aire frío se formará el torbellino que si va pasando por zonas de alto contenido en vapor de agua, se amplificará hasta convertirse en un monstruo destructor.

No lo vemos, salvo en ciertas raras ocasiones cuando volamos en las situaciones adecuadas. La atmósfera, transparente, está formada por muchas capas horizontales que se mueven entre sí. Vemos, todos, indicios de esto cuando hay nubes altas, los cirros, medias, los estratos, y bajas, cúmulos de tormentas. Es el juego, la combinación adecuada en una zona del mundo, el Mar de la China, o el Caribe, de vapor de agua caliente abajo con aire frío en las capas medias y muy frío en la tropopausa lo que amplifica los tifones y huracanes.

Esto es natural. Pero es el ser humano el que facilita las víctimas. La desidia estadounidense para mantener los diques de Nueva Orleans cuando el Katrina, los canales de desagüe de Nueva York cuando el Sandy, el desprecio a los seres humanos de las mismas sociedades americana y españolas, cuando lloran a las víctimas pero no crean las condiciones para protegerlas. El poner reactores nucleares a orillas de mares donde hay tsunamis cada poco tiempo, los pueblos de Filipinas sin precaución frente a vientos y lluvias torrenciales. El desprecio en suma hacia las vidas humanas.

Llantos cuando se produce la desgracia, solidaridad de los vecinos de Angrois, que alaba el príncipe, que sin embargo no menciona que el accidente del Alvia era fácilmente evitable. Una visión de mundo animal, no humana.

Humano es lo que hacen los holandeses. Humano no es enterrar a las víctimas, sino conseguir que no las haya, o al menos trabajar para ello. Hay una visión del mundo en la cual el ser humano es un juguete del destino. Es la visión española, la visión del Islam decadente de los siglos XIX y XX: Sea lo que dios quiera. Se sale al campo, se labra, siembra, se intenta recoger la cosecha, pero si hay una turbonada, si hay una sequía, se baja la cerviz y se pasa hambre.

Y hay la visión humana, la holandesa desde que los frisios se establecieron en los pantanos del delta del Rin: Se desecan los campos, se ponen diques, se experimenta con variedades vegetales, se combina ganadería y agricultura, se rotan las cosechas, se guarda el grano para tiempos difíciles. El ser humano que controla, o intenta controlar su vida, sin el fatalismo de "dios lo quiere".

En Filipinas un huracán ha atravesado las islas. Pero las islas no estaban preparadas para el huracán. En Fukushima los tsunamis son frecuentes, pero los reactores se habían puesto en el camino de la ola. En España bastó la ley de los puntos para los conductores, y la instalación, baratísima, de unos cientos de radares, para reducir a un décimo la sangría de accidentes de coche. Pero lo que

se hizo en las carreteras no se hizo en las vías del tren, y se dejó la velocidad al fatalismo de "sea lo que dios quiera".

La naturaleza nos desafía constantemente. Hay dos formas de responder: La humana, construyendo, por ejemplo, diques, La divina, "sea lo que dios quiera".

Podemos elegir.